

TEATRO DE IDEAS

de la democracia norteamericana para seducir a las muchachas:

SPENCER.—Me gustaría enseñarle muchas cosas, Francisca Pizarro. Usted puede y debe ser una criatura libre, sin ataduras.

FRANCISCA.—Todos estamos sujetos a Dios y a la Santísima Virgen de la Romeda.

SPENCER.—Pero Dios...

FRANCISCA.—No se meta en eso. Haga aparatos de esos raros, que de Dios le doy a usted sopas con honda.

En un principio, las dos humildes criadas desconfían. Recuerdan que:

"Nos birlaron las colonias. Y cuando poníamos una firma en un tratado se nos quedaban con lo bueno y nos dejaban a nosotros los Monegros con moros. En cuanto alguien viene a sacar fotografías retratan la entrada de la carretera de Andalucía con dos pobres y no retratan el Edificio España".

Pero los americanos les hablan de un país gobernado por las mujeres, en el que no hay otro destino para los hombres que fregar los platos y morir consumidos por el trabajo. Las mujeres, en cambio, lo pasan estupendamente. Las dos podrían irse a América a ser libres. Juana, envenenada por esas ideas, intenta someter a Antonio, un novio castizo que suele comer de gorra en la cocina con ella y con Francisca:

JUANA.—Y piensa bien que al terminar de cenar te pones un delantal.

ANTONIO.—(Levantándose.) Mira, Juana, no soy tu marido, pero te voy a pegar una bofetada.

JUANA.—(A gritos.) ¿Tú a mí?

ANTONIO.—(A gritos.) ¡Yo a ti! No sé quién te ha metido esas ideas en la cabeza. Pero sabes de sobra que no voy a fregar los platos nunca, pase lo que pase y aunque esté lleno de cadenas. Y si tienes horizontes...

JUANA.—Los tengo... y fuera de aquí.

ANTONIO.—Pues te largas y asunto acabado. Yo puedo ser un sinvergüenza, un cara, un vago, lo que tú quieras, pero tú tienes que ser una santa y estar metida en casa. O te pego tres tiros.

Juana decide, al fin, marcharse a América para ser jefe de Relaciones Públicas. Ella no quiere ser criada. No aguanta que la manden y servir la comida, aunque acepta que su madre y su abuela fueran muy felices siendo criadas. La duda está en lo borrachos e impúdicos que suelen ser los ame-

ricanos, los hombres libres que ellas conocen:

JUANA.—Esta larga es una indecente de aquí te espero.

FRANCISCA.—No es que sea una indecente. Es que es libre.

JUANA.—Yo soy libre y no soy indecente.

FRANCISCA.—Yo te digo a ti que no sé lo que pasa que a los dos días de ser libre se es indecente.

Mientras, americanos y españoles dirimen los méritos de sus respectivas colectividades. En la intención de Paso está, sin ironía ninguna y de modo muy serio, que sean los últimos los que ganen la batalla.

FRANCISCA.—¿Es cierto que habéis mandado dos hombres fuera del mundo?

JUANA.—Cosmonautas. Se llaman cosmonautas. Los ponen a dar vueltas alrededor de la tierra.

FRANCISCA.—¿Para qué?

SPENCER.—Para saber lo que hay en las alturas.

NATHAN.—Y hacemos proyectiles dirigidos. ¡Zum! Aunque el blanco se mueva le atizan al blanco.

SPENCER.—Y cerebros electrónicos.

NATHAN.—Y submarinos atómicos.

LORENZO.—(De pronto.) ¿Te has enterado de que el Real Madrid le ha ganado a la Juventus?

ANTONIO.—Y al Reims.

LORENZO.—Y al Milán... y a lo que se le ponga por delante.

La historia concluye. La pobre Juana, por buscar la libertad, casi es violada por el falso protector americano. Al comprender el error, vuelve al lado de Antonio y emprende la busca de una nueva casa en la que ser criada. Ninguna amargura, sólo una especie de golpe de regla en la mano de Juana por no saberse la lección y haber creído en la palabrería democrática en vez de aceptar el feliz destino que ya fuera de su madre y de su abuela. Bien mirado, los americanos de la comedia sólo están aquí para escapar del duro matriarcado de su patria. El tema, delicado, complejo —¿cómo no recordar, por ejemplo, aquellas colas de gentes parecidas a Juana o a Francisca que yo vi en Palomares preparadas para saber si los aparatos médicos detectaban en ellas alguna radioactividad?— acaba siendo, contra lo que pudiera esperarse, la base de un elogio a la servidumbre. Esta vez, el conflicto no sólo ha sido eludido, sino que se le ha dado la vuelta. ■ J. M.

MALCOLM HANCOCK

